

824  
ADMINISTRACION  
LÍRICO-DRAMÁTICA

---

LA PARTIDA  
DE AJEDRÉZ

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

**D. JOSE GONZALEZ DE IRIBARREN**

SEGUNDA EDICION

MADRID  
CEDACEROS, 4, 2.º IZQUIERDA

—  
1890



# LA PARTIDA DE AJEDRÉZ

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. JOSÉ GONZALEZ DE IRIBARREN

LC

Estrenada con extraordinario aplauso en el TEATRO DE LA COMEDIA el  
13 de Marzo da 1878.

-----  
**SEGUNDA EDICION**  
-----



MADRID

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ  
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

—  
1890

## PERSONAJES

## ACTORES

ENRIQUETA.....	SRTA.	MORERA.
JORGE.....	SR.	MARIO.
DON JUAN.....	»	ZAMACOIS.
ENRIQUE.....	»	VIÑAS.
UN CRIADO.....	»	LA HOZ.

---

La escena en Madrid.—Época actual.

---

NOTA. El pensamiento de esta obra le fué comunicado al autor por el distinguido actor y empresario D. Francisco Arderius, quien no pudo desempeñar el papel de *Jorge* por haberse tenido que ausentar de Madrid.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

# ACTO UNICO

---

Habitación bien amueblada: un velador en el centro con un juego de ajedrez: puertas laterales y una en el fondo.

## ESCENA PRIMERA

JORGE, leyendo un periódico y ENRIQUETA arreglándose el peinado á un espejo.

- JORGE. ¡Qué había de suceder!  
claro, se perdió la acción.  
Ya están aviados todos  
los generales de hoy.  
¡Soldadillos de camama!  
¡Militares de salón!  
¡Borricos! (Tirando el periódico con furia.)
- ENRIQ. Vamos, papá,  
¿se te va agriando el humor?
- JORGE. Cá, si apenas hay motivo  
para ponerse hecho un león.  
La acción estaba ganada,  
que no me digan que no;  
pero el general en jefe  
refuerza el centro y... ¡melón!  
¿á qué reforzar el centro? (Á su hija.)
- ENRIQ. Pero, papá, qué sé yo?
- JORGE. (Incomodado.) Es claro, tú sólo sabes

250820

arreglarte el polisón  
y los moños y... el demonio  
que cargue con el traidor  
que por sacarnos los cuartos  
tales cosas inventó. (Paseándose furioso.)

¡Ah! las mujeres de antes,  
no las mujeres de hoy;  
aquellas de un puñetazo  
tumbaban á un gastador,  
y hoy para comerse un dulce  
tienen que juntarse dos.

ENRIQ. Papá, mira que me enfado.

JORGE. Pues si te enfadas, peor,  
porque lo tendrás que oír.  
En mis tiempos, ¡vive Dios!  
la carne de las mujeres  
era carne, no algodón,  
y no engañaban á nadie.

ENRIQ. Però papá...

JORGE. No señor,  
el mismo peso tenían  
antes de la bendición  
que después.

ENRIQ. ¿Pero á qué viene?...

JORGE. Pues viene á que en proporción  
tú eres lo mismo que todas;  
si no, vete al tocador;  
tarros arriba y abajo,  
tarros por alrededor,  
cacharros por todas partes...

ENRIQ. Pues no hay muchos.

JORGE. No, ilusión.

Ya quisiera tener tantos  
la farmacia de Simón.  
Debía darte vergüenza.

ENRIQ. ¿Sí? pues lloro. (Se pone el pañuelo á los ojos.)

JORGE. (Cambiando repentinamente de tono.)

¡Voto á bríos! (Con ternura.)

¿Tú llorar? Vamos, muñeca,  
Ea, todo se acabó;  
enjúguese usted esos ojos,  
sonría usted un poco.

- ENRIQ. ¡No!
- JORGE. ¿Qué es eso? ¿nos declaramos en abierta insurrección?
- ENRIQ. Eres muy malo.
- JORGE. ¡Yo malo!
- ENRIQ. Y tienes un genio atróz.
- JORGE. Lo que eso... ¡hum! es imposible, puede que tengas razón.  
(Suplicante.) Pero en fin, aun cuando fuese un Nabucodonosor, tú en cambio, que eres un ángel, sabrás darme tu perdón.
- ENRIQ. Vamos, una vez que rezas contrito el «yo pecador,» *ego te absolvo...* y te abrazo.
- JORGE. ¿Y no queda algún rencor?
- ENRIQ. Mira, ya ves, te sonrío.
- JORGE. Así te quiero ver yo.  
¿Sabes que estás muy maja?
- ENRIQ. Claro, papá, son las dos y pronto vendrá mi Enrique.
- JORGE. Es verdad, tienes razón; (Con tristeza.) dentro de muy pocos días, ya no veré en rededor la alegre mariposilla que mi vejéz alegró.  
Me quedaré solo y viejo...  
¡Solo y viejo! Me da horror.  
Bien sabe Dios que el peligro siempre tranquilo me vió.  
Pero, cuando á veces, solo pienso que á perderte voy, siento tristeza en la mente y frío en el corazón.
- ENRIQ. ¡Ah, no! Padre de mi alma, no quiero ver tú dolor; mucho idolatro á mi Enrique, mas si te causa aflicción mi boda, renuncio á ella.
- JORGE. (Conmovido.) ¡Bendita sea tu voz!  
Pero no hay tal, hija mía, antes me alegra esa unión.

Tu novio es buen muchacho,  
hijo de un hombre de pro  
que ha sido en mis juventudes  
mi compañero mejor.

Muchas veces recordando  
el tiempo aquel que pasó,  
hicimos votos ardientes  
porque vuestro mútuo amor  
estrechase más los lazos  
que la amistad anudó.  
El Señor quiso escucharnos...  
¡Bendito sea el Señor!  
Conque no pienses en ello  
y anda á arreglarte.

ENRIQ. ¡Ya estoy!

JORGE. No tal; arréglate más,  
quiero ver la admiración  
de Enrique cuando contemple  
tu hermosura.

ENRIQ. ¡Adulador! (Con mimo.)

me voy, puesto que te empeñas.  
(Se va por la puerta de la derecha.)

JORGE. ¡Qué suerte tiene el bribón!  
(Mirándola enternecido.)

## ESCENA II

JORGE solo, sentado en el sillón.

¡Qué vergüenza! un coronel  
hacer de niño llorón!  
¿Será mi pena egoísmo?  
Pudiera ser... pero no.  
Es tan sólo que los viejos  
necesitamos calor,  
y el calor que dan los hijos  
calienta más que el del sol.

### ESCENA III

JORGE y ENRIQUE, que entra por la puerta del fondo.

ENR. Coronel, tengo el honor...

JORGE. Hola, muchacho, ¿qué tal?  
¿Sabes que eres puntual?

ENR. Es costumbre.

JORGE. No; es amor.

Si fuera por verme á mí  
no tendrías tanta prisa.  
¿Y tu padre?

ENR. En misa.

JORGE. (Con extrañeza.) ¿En misa?

ENR. Un aniversario...

JORGE. Ah, ¿sí?

ENR. Tuvo que ir sin remisión  
aunque no le satisface...

JORGE. ¿No? Pues buena falta le hace,  
porque ha sido algo bribón.

ENR. Coronel...

JORGE. No hay más remedio,

¡si juntos la hemos corrido!

ENR. Entonces, ¿usted qué ha sido?

JORGE. Calcula; bribón y medio,  
y á poder hoy, todavía...  
Pero hijo, doblé la meta.

¿Qué buscas?

(Fijándose en las miradas de Enrique)

ENR. Á mi Enriqueta.

JORGE. (Bruscamente.) ¿La tuya? dirás la mía.

ENR. (Confuso.) ¡Ah! si, Coronel, perdón.

JORGE. (Con bondad.) ¡Vamos, no te apures, loco!  
Mientras se arregla ella un poco,  
siéntate en ese sillón,  
y ya que yo apenas salgo...  
¿Qué te haces? ¿de dónde vienes?  
¿Cuántas queridas mantienes?  
Vamos, hombre, cuéntame algo.

ENR. Coronel...

JORGE.

No hagas el bú  
ni finjas rostro perplejo,  
mira que soy perro viejo  
y á mí no me engañas tú;  
aunque armes algún belén  
soltero, estás disculpado,  
pero después de casado  
ya te guardarás muy bien.

ENR.

Quicu va de su amor en pos,  
no le hace traición.

JORGE.

¡Tontuna!

Qué, ¿no puede amarse á una  
y entretenerse con dos?  
Simpleza que me encocora  
y que mi juicio completa:  
no valéis una peseta  
todos los pollos de ahora.  
Nacéis con cara de mico.  
os criáis encanijados,  
hasta atrapáis constipados  
del aire de un abanico.

ENR.

(Ap.) (Ya se desbocó.)

JORGE.

Usáis lentos,

os ponéis corsé y ricitos,  
habláis casi siempre á gritos  
para que os crean valientes,  
y en vuestros lances de honor  
no hay una sola estocada.  
Lo que principia en espada  
siempre acaba en tenedor.  
Tontos sin principio y fin  
os escurris el bolsillo,  
por beber un vinagrillo  
que llamáis vino del Rhin.

(Con desprecio.)

¡Vinillos! ¡quítate allá,  
el rom, el rom, por mi nombre!  
¡Ese es el licor del hombre!  
mira la prueba; en mí está:  
rom en la alimentación,  
rom cuando me encuentro enfermo,  
hasta ron-co cuando duermo

para que todo sea rom.  
Y aunque viejo, monto potros  
y puedo correr bromazos,  
y le pego dos sablazos,  
á cualquiera de vosotros.

ENR. ¿Pero acaso piensa usted  
que soy algún alfeñique?

JORGE. No lo digo por tí, Enrique,  
tú eres un hombre, lo sé.  
Á no tener en mi yerno  
la seguridad completa,  
¿te daría á mi Enriqueta?  
Como no te diera un cuerno.  
Pero tú la quieres...

ENR. Sí;  
la quiero ya desde niño.  
¡Ah! no hay miedo que el cariño  
pudiera entibiarse en mí;  
siempre será mi ilusión.

JORGE. (Con cara de indignación.)  
¡Cómol! ¿Con esas me sales?  
¡Voto va á cien mil quintales  
de pólvora de cañón!  
Pues si la tratases mal  
después de la Vicaría,  
vamos, hombre, te rompía  
la columna vertebral.

## ESCENA IV

ENRIQUETA, saliendo por la puerta de la derecha,  
JORGE y ENRIQUE

ENRIQ. ¡Me lo estaba presumiendo!  
¿Conque hay sesión borrascosa?  
Pero papá, ¿es fuerte cosa  
que siempre has de estar riñendo?

JORGE. ¡Ea! ya alzas tú la voz,  
como siempre, en contra mía.  
¡El que te oyese, diría  
que tengo un genio feróz!  
Vamos, no tengas cuidado

que me coma á tu Enriquito.  
¡Ahí le tienes, pobrecito!  
(Haciéndole burla por su inmovilidad.)  
mira cómo se ha quedado.  
Pero hombre, no hagas el oso;  
si ni aun la miras apenas.  
¿No tienes sangre en las venas?  
Dala un par de abrazos, soso.

ENR. Uno y mil. (Adelantándose hacia ella.)

JORGE. (Interponiéndose entre ambos.)

¡No, voto á tal!

Uno sólo y sabrá á rosas.

ENRIQ. (Confusa.) Papá, tienes unas cosas...

JORGE. (Remedándola.) Que no te parecen mal.

ENRIQ. Sin embargo...

JORGE. ¿Qué te apura?

Va á ser tu esposo; entre tanto,  
justo es darle un adelanto  
sobre su vida futura.

Conque cese tu porfia,  
y que abrazados os vea.

ENRIQ. Pues que tú lo quieres, sea.

ENR. Gracias. Enriqueta mía. (Se abrazan.)

JORGE. (Enternecido.) ¡Qué grupo! Dios los crió  
para unirlos en un lazo.  
(Bruscamente.) ¡Hombre, le daba un sablazo  
al que dijera que no!

## ESCENA V

DICHOS y DON JUAN, desde la puerta del foro

JUAN. Y á mí, ¿quiéu me va á abrazar?

JORGE. Yo, mi viejo amigo, ven.

JUAN. Aprieta. (Se abrazan.)

JORGE. ¿Qué tal?

JUAN. Muy bien.

(De mal humor y aparte.)

(Y esos fondos sin bajar.)

(A Enrique.) Puedes estar satisfecho,  
chico, yo en eras pasadas  
hubiera andado á estocadas  
por hacer lo que tú has hecho.

- ENRIQ. Usted siempre tan galante.  
ENR. Aún pudiera decir más.  
JUAN. ¿Cómo, pretendes quizás darme lecciones, tunante? Pues mira, traigo un humor de esa misa de difuntos,..  
ENR. (Aparte á Enriqueta.)  
(En cuanto los veo juntos de miedo me entra sudor.)  
JUAN. Al verlos siento placer.  
JORGE. Yo lo mismo ¡voto á San!  
JUAN. ¡Mi buen Jorge! (Se abrazan.)  
JORGE. ¡Mi buen Juan!  
¡qué pareja van á hacer!  
JUAN. Sí, ella es guapa.  
JORGE. Ya lo creo;  
Te lo digo sin empacho.  
JUAN. Sí, pues mira que el muchacho no tiene nada de feo.  
JORGE. Ya, pero. .  
JUAN. No hay distinción entre ellos.  
JORGE. (Picado.) ¡Juan! no seas bolo. ¿Piensas que tu hijo es Apolo? ¡pues vaya una pretensión!  
JUAN. (Id.) Muy fundada.  
JORGE. (Id.) ¡Habrás tontuna!  
Pónle sobre alguna estrella.  
JUAN. Pónla tú también á ella en los cuernos de la luna.  
JORGE. Pues la pondré.  
JUAN. ¡Voto á San!  
JORGE. Nadie vota en esta sala.  
JUAN. (Furioso.) Jorge, vete enhoramala.  
JORGE. (Id.) ¡Vete á los demonios, Juan!  
ENRIQ. Pero por Dios, no me explico...  
ENR. ¿Qué es esto? ¿qué significa?...  
JORGE. (Si no fuese por la chica...)  
(Mirando á Juan con aire amenazador )  
JUAN. (Si no fuese por el chico...) (Id. á Jorge.)  
JORGE. Si, Enrique, tienes razón.  
Ea, todo se ha acabado,

dejemos frases á un lado.

JUAN. Con todo mi corazón. (Se dan la mano.)

JORGE. (Á Enriqueta.)

¿Conque vais de vistas?

ENR. Sí.

JORGE. De modo que es hoy gran día.

¿Quién va contigo?

ENRIQ. La tía.

JORGE. (Sorprendido.) ¿Cómo, va á venir aquí?

Mira, no la quiere ver  
ya que estoy de buen humor.

¿Por qué la haría el Señor  
hermana de mi mujer?

La lengua parece un sable,  
y en cambio no deja hablar,  
ni enfadarse, ni jurar...

En fin, es insoportable.

Siempre hablando del sermón...

vamos, que no entre te he dicho.

ENRIQ. Pero si la da el capricho...

JORGE. La tiro por el balcón.

JUAN. ¡Bien hecho!

JORGE. Pues claro está;

nada en el mundo me aqueja,  
pero si veo una vieja...

ENRIQ. Tranquilízate, papá,  
que ya el medio discurrí  
para evitar un encuentro  
cuando venga; irá allá dentro,  
y no avisarán á mí.

JORGE. (Calmado.) Bueno, ¿y qué vais á comprar?

ENRIQ. Muchas cosas.

JORGE. Eso quiero.

Así como así el dinero  
se ha hecho para rodar.  
No paséis, pues, amarguras.  
¿Verdad? (Á Jorge.)

JUAN. Sí tal, ¡vive Dios!

aquí quedamos los dos  
para pagar las facturas.  
Quiero mucha esplendidéz,  
quiero cosas fastuosas,

así como así, estas cosas  
no se hacen más que una vez.

JORGE. ¡Pero hombre, que siempre estás  
echando á luz tu dinero?

¿Piensas, por ser tú banquero,  
que voy á quedarme atrás?

JUAN. Ea, ya está haciendo el bú  
sin que se metan con él,  
eres atróz, coronel.

JORGE. Y más atróz que yo, tú.

JUAN. ¡Hombre! creo muchas veces  
que gozas en las disputas;  
piensas que somos reclutas  
para sufrir tus sandeces.

JORGE. Es que tal como te pones,  
ya no hay paciencia bastante  
para aguantar á un farsante  
cuando habla de sus millones.

JUAN. Pues que mi mente se afana  
para ganarme el dinero,  
puedo hablar de él cuando quiero  
y cuando me dé la gana.

JORGE. (Con aire amenazador y gritando.)  
Juan, que es mucho resistir...

JUAN. (Id.) Jorge, que es mucho tragar...

JORGE. No se te puede aguantar.

JUAN. No se te puede sufrir.

(Se separan furiosos.)

ENRIQ. ¡Padre!

ENR. Por Dios coronel...

ENRIQ. Por favor, tu labio sella.

JORGE. (Ap.) (Ay, si no fuese por ella...)

JUAN. (Ay, si no fuese por él...)

(Momento de pausa.)

Jorge... (Yendo hacia él.)

JORGE. (Id.) Juan... Lo estoy sintiendo  
y tus palabras olvido.

JUAN. Pues yo ni siquiera he oído  
lo que me estabas diciendo.

ENRIQ. ¡Jesús! ¡me habéis dado un rato!

JORGE. Tiene razón.

JUAN. Sí la tiene.

- ENRIQ. Pero señor, ¿á qué viene estar como perro y gato?
- JORGE. Es que éste suele gastar un genio de Belcebú.
- JUAN. No; quien lo gasta eres tú.
- ENRIQ. (Con vivoza.) Qué, ¿volvemos á empezar?
- JORGE. No, pensarlo me da horror.
- CRIADO. Señorita. . (Desde la puerta del fondo.)
- ENRIQ. ¿Qué?
- CRIADO. Ahí fuera su tía de usted la espera.
- JORGE. ¡Diablo! marcharse al vapor antes que asome su faz.
- ENRIQ. ¡Pues adiós!
- ENR. Hasta más ver.
- ENRIQ. (Quiera el cielo que al volver los encontremos en paz.)  
(Enriqueta y Enriquo se van por la puerta del fondo.)

## ESCENA VI

JUAN y JORGE, sentados.

- JORGE. ¡Ayl! ¡quién tuviera su edad!
- JUAN. ¡Ay Jorge, quién la tuviera!
- JORGE. ¡Qué tiempos aquellos, Juan!
- JUAN. ¿Te acuerdas, Jorge, te acuerdas?
- JORGE. De aventura en aventura  
y de culebra en culebra,  
vencedores ó vencidos  
siempre salíamos de ellas  
con la sonrisa en los labios  
y con la cabeza abierta.  
Hoy en cambio, amigo mío,  
somos un par de arpas viejas  
que no lanzan un sonido  
aunque hagan vibrar sus cuerdas.
- JUAN. ¡Qué diablos! los hechos pasan,  
pero los recuerdos quedan.
- JORGE. Buen consuelo; eso es lo mismo  
que el que hambriento se recrea  
en ver los sabrosos platos

- tras el cristal de una tienda;  
ya que no puede comerlos  
con el olor se contenta.  
Pero vaya, ¡qué demonios!  
no filosofemos, ea.  
¿En qué pasamos el rato  
hasta que los chicos vuelvan?
- JUAN. Lo que es por mí, en cualquier cosa.
- JORGE. ¡Hombre, me ocurre una idea!  
¿Tú juegas al ajedrez?
- JUAN. Soy jugador de primera.
- JORGE. ¡Magnífico! te propongo  
un desafío.
- JUAN. Se acepta.
- JORGE. Aquí lo tenemos todo,  
ajedrez, tablero y mesa.  
(Arregla la mesa del juego.)  
Ya está arreglado: ea; ocupa  
este sillón.
- JUAN. ¡Bueno fuera!  
Yo me sentaré en la silla.  
(Atrayéndola hacia sí.)
- JORGE. ¡Que no! (El mismo movimiento.)
- JUAN. ¡Que sí!
- JORGE. ¡Qué cabezal  
Hombre; yo estoy en mi casa,  
de modo que hourarte es fuerza.
- JUAN. No señor; siendo tú el amo  
te toca la preferencia.
- JORGE. Juan... (Incomodado.)
- JUAN. Jorge... (Id.)  
(Se quedan mirándose un momento.)
- JORGE. Vaya, no armemos  
disputas; me siento.
- JUAN. Empieza.
- JORGE. Salgo por peón de rey  
que es mi jugada maestra.
- JUAN. Pues yo saco este caballo  
para hacer la descubierta.  
¿Silbas el himno de Riego?  
alguna buena me espera.
- JORGE. Ya lo verás, ahí está.

Ya te he comido una pieza.

JUAN. (Con rabia.) ¡Voto va á san Caralampio!

JORGE. (Muy alegre.) ¡Cál si yo no juego apenas, ahora meneo este arfil.

JUAN. ¿Sí? pues me como tu reina.

JORGE. ¿Con qué?... (Furioso.)

JUAN. Con este caballo.

JORGE. Hombre, con ese sistema acabarás por comerte hasta el tablero y la mésa: un caballo que se salta cinco casillas completas... ¡Ni los del Circo de Price! Esa jugada no es buena.

JUAN. Sí es buena.

JORGE. No es buena; estaba en esta casilla negra.

(Golpeando la mesa con el caballo.)

JUAN. No señor, era en la blanca. (Id.)

JORGE. No seas terco.

JUAN. No me muelas.

¿Acaso tengo yo culpa de que seas un chancleta?

JORGE. Juanito... mira... Juanito.

JUAN. Jorge... Jorge, que ya empiezas.

JORGE. Y yo tengo poco aguante.

JUAN. Y yo muy poca paciencia.

JORGE. Tengamos la fiesta en paz.

JUAN. No empieces á armarme gresca.

(Los actores se habrán levantado de sus sillas, mientras dicen los anteriores versos, cada vez en tono más alto, y se quedan mirando su actitud amenazadora, apoyados los puños en la mesa.)

(¡Ay, si no fuera por él!)

(Sontándose de golpe.)

JORGE. (Ay, si no fuera por ella.) (Id.)

Muevo un peón. (Con tono de mal humor.)

JUAN. Yo también. (Id.)

JORGE. Ahí va esa torre.

JUAN. Pues venga. (La coge.)

JORGE. ¿Qué es eso?

JUAN. Nada, la torre

- que cayó en la ratonera.
- JORGE. Voto va á cien mil cartuchos,  
me distraje. (Furioso.)
- JUAN. (Con burla. ¡Chúpate esa!  
Ya no hay escape.
- JORGE. Si le hay.
- JUAN. Lo veremos, piensa, piensa.
- JORGE. Ya está pensado, me enroscó.
- JUAN. Enróscate cuanto quieras.
- JORGE. Mira, me cargan las bromas.
- JUAN. Pues te tapas las orejas.
- JORGE. Tienes razón, oídos sordos  
para las palabras necias.
- JUAN. ¡Jaque al rey!
- JORGE. ¡Jaque al demonio!  
Eso ha sido una sorpresa;  
coger un rey á traición  
es una cosa muy fea.
- JUAN. (Burlándose.) Dí más bien que juegas menos  
que una zapatilla vieja.
- JORGE. Juan... Juan... (Furioso y conteniéndose.)
- JUAN. Un buen militar  
nunca sorprender se deja.
- JORGE. (Levantándose.) Un militar lo que hace  
es darle un tiro á cualquiera.
- JUAN. (id.) Jorge, los hombres decentes  
no usan frases cuarteleras.
- JORGE. Para brutos como tú  
ya sirven.
- JUAN. (Con rabia.) ¡Bruto á mi? Ea,  
ya has acabado, ranchero,  
por apurar mi paciencia.  
No quiero amigos tan cafres.
- JORGE. No quiero amigos tan fieras.
- JUAN. Desde hoy hemos acabado.
- JORGE. Desde hoy el rencor empieza.
- JUAN. Jamás daré yo á mi chico  
un suegro de esa ralea.
- JORGE. Ni yo á Enriqueta destino  
para el hijo de una hiena.
- JUAN. ¡Si no estuviera en tu casa!
- JORGE. ¡Ay, si te cogiese fuera!

JUAN. Vete al diablo, ¡sargentazo!  
JORGE. Anda con él, ¡traga obleas!  
(Don Juan sale furioso por la puerta del fondo.)

## ESCENA VII

J O R G E solo, paseándose.

Qué irascible y qué grosero.  
Brrr... estoy sudando el quilo;  
ese hombre es un cocodrilo  
disfrazado de banquero.

## ESCENA VIII

ENRIQUETA y J O R G E

Enriqueta entra por la puerta del fondo.

ENRIQ. Papá, dí, ¿qué hacés así?  
JORGE. Dando vueltas como el oso.  
ENRIQ. Don Juan se marcha furioso;  
dime, ¿qué sucede aquí?  
JORGE. Sucede que es por demás;  
sucede que estoy en brasas;  
sucede que no te casas...  
y ya no sucede más.  
Imposible es discutir  
con un hombre tan grosero;  
ya ves, yo soy un cordero  
y no le pude sufrir.  
ENRIQ. (Con mimo.) ¡Vamos! no, tú eres amable  
y aún se puede componer,  
cederás y...  
JORGE. ¿Yo ceder?  
primero me trago el sable.  
Antes que verte casada  
con Enrique, caigo muerto.  
Y no llores, porque advierto  
que no te sirve de nada;  
siempre cedí á tu capricho,  
pero la cuestión de hoy...

ENRIQ. También papá...

JORGE. ¡Por quien soy!

Que no, que no, y que no he dicho;  
y no insistas ni de chanza,  
porque se ha acabado todo.

ENRIQ. (Ap.) (Nunca le ví de este modo.  
Ya no me queda esperanza.)

JORGE. ¡Vaya unos modales finos!

¿Creerá que me divierto?

¿Por qué no se irá al desierto  
á tratar con beduínos?

¡Ranchero á mí! eso no pasa.

¿Pues qué, soy algún cobarde?

Yo le enviaré esta tarde  
mis padrinos á su casa,  
y mañana ¡vive Dios!  
le pego un tiro de lijo,  
y si se mezcla su hijo,  
á él y á su hijo, á los dos.

## ESCENA IX

LOS MISMOS y ENRIQUE por el foro.

ENR. Coronel...

JORGE. ¿Tú aquí, tunante?

ENR. ¿Pero qué sucede? (Sorprendido.)

JORGE. ¿Qué?

Lo que no le importa á usted;  
largo de aquí, ¡so farsante!

ENR. Pero...

JORGE. No hagas que me cuadre,  
pronto, ¡voto á Belcebú!  
tan buena pieza eres tú  
como el bruto de tu padre.  
¡Me importa poco tu enojo,  
fuera de casa!

ENR. Me iré. (Picado.)

JORGE. Y como pongas un pié  
en ella, te quedas cojo.

ENR. (Se necesita más calma...)

JORGE. Tú, niña, á tu habitación.

ENR. (Llevo muerto el corazón.) (Se va foro.)  
ENRIQ. (Tengo traspasada el alma.) (Id. derecha.)

## ESCENA X

JORGE, sólo y paseándose.

Momento de pausa, durante la cual, Jorge se va calmando poco á poco.

Se va triste, ya lo sé,  
y con razón, pobre niña.  
Yo, su dicha acabaré...  
Pero ¿por qué fué la riña?  
Vamos á ver, ¿por qué fué?  
Ahora, cuando considero  
tranquilo lo que pasó,  
me aburro, me desespero...  
vamos, en el mundo entero  
no hay dos más tercos que yo.

Y si he de ser imparcial,  
Juan tiene razón, en ley.  
¿Por qué le traté tan mal?  
¿Por dar un jaque á mi rey?  
¿Hay cosa más natural?  
Está claro, él se enfadó,  
y yo... al recordarme inmuto  
lo que mi lengua soltó.

¿Pues no le llamé hasta bruto  
cuando allí el bruto era yo?

(Se sienta en el mismo sillón que ha ocupado  
mientras jugaba.)

¿Y qué hacer? ¿Irme á humillar?

¡Ah! mil veces no... no quiero.

Bueno fuera... un militar...

él me llamó á mí ranchero  
y eso no puede pasar.

¿Por qué seré tan gruñón?

¿por qué seré tan ligero?

Juan es mi amigo en razón:  
toma, como que le quiero  
con todo mi corazón.

No habrá en el mundo quizás  
otro tan bueno como él.  
¿Debo dar un paso atrás?  
Ah, no... firmes... Coronel.  
¿Pedir tu perdón? jamás.  
(Se queda dormido.)

## ESCENA XI

DON JUAN, ENRIQUE entrando por el foro; ENRI-  
QUETA después

- JUAN. Inútil oposición,  
no, hijo mío, no estoy loco;  
él me ha insultado hace poco  
y quiero satisfacción.
- ENR. Por Dios...
- JUAN. Aunque no te cuadre,  
he dicho ya que la quiero.
- ENRIQ. (saliendo.) Repare usted, caballero,  
que está durmiendo mi padre.  
Y ya que por vos perdí  
de mi amor el dulce ensueño,  
exijo respeto á un sueño  
que es sagrado para mí.
- JUAN. (Ap.) ¡Dura lección, vive Dios!
- ENR. (Dirigiéndose á ella.)  
Deja que mis labios abra.
- ENRIQ. Enrique, ni una palabra;  
todo acabó entre los dos.
- JUAN. (Dándose mojícos.)  
¡Ah, bruto! mónstruo, cruel.  
¿Y es por mí? Sí, Dios clemente,  
porque verdaderamente  
no tuvo la culpa él.  
Comenzó por disputar,  
y yo le llamé ranchero.  
Claro, á no ser un trapero,  
¿no se había de enfadar?  
Su genio es fuerte, y es llano  
que no me hablase con mimo...  
Y el caso es que yo le estimo

como si fuera un hermano.  
¡Hijos! maté la ilusión  
cuando íbais á ser dichosos.  
¡Ah! seréis muy generosos  
si me dáis vuestro perdón.

ENRIQ. (Con melancolía.)  
Es triste cosa, ¡ay de mí!  
que por no entenderse bien,  
siempre frente á frente estén  
dos corazones así.  
¿Por qué habrá Dios permitido  
que nazcan tan desiguales  
en carácter dos mortales  
que para amarse han nacido?

JUAN. ¡Ay, Enriqueta! quizás  
con razón te desesperes;  
pero hijo mía, ¿qué quieres?  
él es muy terco... y yo más.

Quiso la naturaleza  
castigarnos sin razón,  
y nos dió un guardacantón  
en vez de darnos cabeza.

ENR. Padre, si es que usted quisiera,  
todo arreglarse podría.

JUAN. ¿Qué harías tú?

ENR. (Con acento insinuante.) Le hablaría...

JUAN. ¡Yo, humillarme! Bueno fuera.

¿Ir á hacer yo un mal papel  
para arreglar el enredo?

Diría que tengo miedo.

¡Pues bueno es el Coronel!

ENR. Sin embargo, me parece...

JUAN. (Con firmeza.) Hijo; dejémoslo en calma,  
lo siento con toda mi alma,  
pero yo sigo en mis trece.

ENRIQ. (De repente y con inspiración.)  
Don Juan, diga usted, ¿y si yo  
esta cuestión arreglase  
sin que nadie se humillase?  
¿se negaría usted?

JUAN. No.

ENRIQ. Enrique. (Le habla al oído.)

- JUAN. (Escamado. Ap.) ¡Qué se dirán!  
la chica es lista y sutil,  
pero el padre es muy cerril...  
y yo también ¡voto á San!
- ENR. (Á Enriqueta.) Brava idea, ¿y crees tú?...
- ENRIQ. Respondo.
- ENR. (Á Juan.) Te necesito. (Lo lleva aparte.)
- JUAN. (Con desconfianza.)  
Mira, Enriquito, Enriquito,  
que no quiero hacer el bú.
- ENR. No lo harás; escucha bien. (Le habla.)
- ENRIQ. (Poniendo delante de Jorge el velador y el tablero  
en la misma posición que tenían durante su par-  
tida con don Juan.)  
Así; no se ha despertado.  
Ya está todo colocado.  
¡Ah! no, la silla también.  
(Coloca la silla que ha de ocupar don Juan de  
modo que al sentarse éste, quede con relación al  
Coronel, en la misma posición que tenían al jugar  
la partida.)
- JUAN. ¿Y si sale con alguna? (Á Enrique dudando.)  
mira que es un tiburón.
- ENR. Cá; no es tan bravo el león.
- JUAN. Bueno, probaré fortuna. (Convencido.)
- ENR. Que haga usted bien su papel.
- JUAN. Sí, pero ¿y si hubiese un pique?
- ENR. No lo habrá.
- JUAN. Pues conste, Enrique,  
que lo hago por tí...  
(Mirando á Jorge con ternura.) y por él.
- ENRIQ. Ven, Enrique.
- ENR. Quiera Dios  
que triunfe al fin tu talento.
- ENRIQ. No lo dudes un momento,  
conozco bien á los dos.  
(Se ocultan tras de las cortinas de la puerta del  
fondo.)

## ESCENA XII

JORGE y JUAN. Juan se sienta en la silla que ha colocado Enriqueta delante de Jorge, y en la misma situación que cuando estaban jugando.

- JUAN. (Pensativo y mirando á Jorge.)  
Sí, sí; el recurso no es malo.  
Pero ¿y si al fin me encocora?  
(Va á buscar su bastón.)  
No; pues si me insulta ahora,  
le rompo el alma de un palo.  
Eh... Jorge. (Moviéndolo.)
- JORGE. ¿Qué pasa? (Dospertado asustado.)
- JUAN. Nada (Con tranquilidad.)  
Que te has quedado hecho un leño.  
¿Qué? ¿piensas echar un sueño  
entre jugada y jugada?
- JORGE. (Admirado.)  
¿Cómo? .. ¿Qué?... ¿Qué es lo que he oído?
- JUAN. Dale bola, ¿estás soñando?  
Hombre, que estabas jugando  
y te has quedado dormido.
- JORGE. ¿Yo?—¡Se riel... y hace poco...  
pero Juan, ¿se te ha pasado?
- JUAN. ¿El qué? (Con extrañeza.)
- JORGE. ¿El qué? toma, el enfado.
- JUAN. ¿Qué enfado?
- JORGE. (Asustado y restregándose los ojos.)  
¿Estaré yo loco?  
Esto es serio; ¡vive Dios!
- JUAN. Expílicate.
- JORGE. De eso trato.  
Contesta, Juan; ¿hace un rato,  
no hemos reñido los dos?
- JUAN. ¿Reñir? (Riéndose.)
- JORGE. Y furiosamente.
- JUAN. Si te empeñas, no discuto.
- JORGE. ¿Pero no te llamé bruto?  
(Al oírle llamar *bruto*, el primer impulso de Juan es abalanzarse al Coronel, pero de repente se calma.)

- JUAN. ¡Bruto tú á mí? Estás demente.  
JORGE. Señor; yo me desespero.  
Mas no es posible dudar.  
No; si aún te creo escuchar  
cuando gritaste «ranchero.»  
JUAN. ¡Já! ¡já! deja que te advierta,  
chico, que estás divagando.  
Vamos, no sigas soñando,  
despierta, Jorge, despierta.  
JORGE. ¿Pero eres mi amigo, Juan?  
JUAN. ¡Ya lo creo!  
JORGE. ¡Qué alegría!  
¡Soy feliz!  
JUAN. (Aparto.) (Razón tenía  
Enriqueta; voto á San )  
JORGE. ¿Conque estamos tú y yo en calma?  
¿Conque es cierto el matrimonio?  
¡Qué ajedrés ni qué demonio! (Lo tira.)  
¡Ay amigo de mi alma! (Le abraza.)  
Y si es un sueño quizás  
todo lo que ha sucedido,  
tanto en mi sueño he sufrido,  
que no quiero soñar más.

### ESCENA XIII

DICHOS, ENRIQUE y ENRIQUETA

- JUAN. Venid, Enrique, Enriqueta.  
JORGE. (Con admiración.)  
Gran Dios, juntos ella y él.  
JUAN. Ahí tenéis al Coronel  
que ha perdido la chaveta.  
Hace poco se durmió,  
y ahora ¡qué barbaridad!  
pensaba que era verdad  
todo aquello que soñó.  
ENRIQ. ¿Pero qué soñó? (Fingiendo admirada.)  
JUAN. ¡Ahí es nada!  
Que reñíamos los dos  
y que estaba, ¡vive Dios!  
vuestra unión desbaratada.

- ENRIQ. Vaya un mal sueño, papá. (Con burla.)  
ENR. Vaya un sueño, Coronel. (Id.)  
JUAN. Vamos, reñir yo con él,  
eso es muy chusco, já, já. (Rien los tres.)  
JORGE. Se ríen... sí... á no dudar,  
¿serán ellos los que sueñen?  
Vamos, por mas que se empeñen,  
nunca me lo harán tragar.  
Mas no quiero discurrir  
si estoy dormido ó despierto.  
Ellos ríen.. y es lo cierto.  
Yo también quiero reir.  
¡Jál ¡já! qué barbaridad.  
(Ap.) (Se hacen señas ¡ah, bribones!  
un militar, ver visiones  
de esa especie... ¡y á mi edad!)
- ENR. Sí, fué mal sueño.  
JORGE. De fijo,  
soñé que te despedí.  
Ya ves, despedirte á tí,  
á quien quiero como á un hijo.
- JUAN. Y lo será en realidad.  
JORGE. (Con recelo.)  
¡Claro! ahora ya no hay pretexto.
- JUAN. Hombre, si jamás me he opuesto. (Asustado.)  
JORGE. Dios mío, ¿será verdad?  
En fin, la dicha es completa,  
cese, pues, la discusión.
- JUAN. Jorge... (Se abrazan, ap.) (Tenias razón,  
Dios te lo pague, Enriqueta.) (La abraza.)  
JORGE. (Al público.)  
Pues dé la ventura en pos  
camino en mi loco empeño,  
deja tranquilo mi sueño,  
no me despiertes, por Dios;  
y si te enoja tal vez  
todo lo que aquí ha pasado,  
hazte cuenta que has soñado
- LA PARTIDA DE AJEDREZ.

FIN DE LA COMEDIA



# PUNTOS DE VENTA

---

## MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

## PROVINCIAS Y EXTRANJERO.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.